

LAS TERTULIAS LITERARIAS

Historia y significaciones

Por Antonio HERNANDEZ

Las tertulias culturales, comúnmente aceptadas como literarias, vienen a ser como una versión desmedrada, dispersa y moderna de aquellas escuelas filosóficas griegas en que se reflexionaba sobre la fugacidad de la vida, el mundo de las ideas o el ente parmenidesino. Sin Aristóteles, Platón o Epicuro, las tertulias culturales —literarias— de ahora vienen a suponer una posible recomendación, un bostezo o una defecación espiritual y retórica de lo que se consumió pacientemente en las páginas del último libro. En algunos casos un cierto añadido al conocimiento y también tal vez sea la razón más contundente, un motivo para ejercer el bien visto oficio de las relaciones sociales cultas que, al día siguiente, puede obtener su eco en el rincón menos atendido por el público en general de un periódico o un semanario e incluso de Radio Televisión Española.

A vista de pájaro literario esto es lo que vienen a ser las tertulias, sin que por ello tengamos que prescindir de ciertas matizaciones, pues dentro de ellas hay de todo, como en botica y grandes almacenes. Por un lado, y dentro de las que podemos designar como oficiales, el hermetismo impera si el director —suele haber un director— es de los supuestamente entendidos como riguroso; la petrificación manda si es conservador; el amiguismo priva si la línea de aceptación es conveniente a su futuro desarrollo personal, y la discriminación acampa si existe, de manera evidente, la incompatibilidad política. Por otro lado —el bueno—, la posibilidad de que el autor joven salga de su desagradable anonimato, aunque sea por un día y en reducido comité. (Las tertulias que podemos entender como desoficializadas son más

permisivas y abiertas, por anárquicas e incontrolables, «más» tertulias en el más coherente sentido de la palabra.)

La historia de las tertulias literarias se pierde en el tópic del tiempo y no es sesudo deducir que el pitecántropo ya perguenó algún coloquio con el paisaje amigo desde su asombro interrogante o con la pitecantropa erística, ansiosa de versos tremantes como «El aullido», de Ginsberg, preparando el terreno a Heráclito y Parménides que, sin conocerse físicamente, fueron los primeros contertulios metódicos y racionales de la historia. De allí deben venir las tertulias que, en España y Madrid concretamente, han suavizado el tono y se han hecho contenidas cuando no rampantes. Es decir, formales e informales, tal un «pregón» de Pedro de Lorenzo o una diatriba de Carlos Oroza. Las primeras suelen estar patrocinadas por el Gobierno, por instituciones, por marcas comerciales, por librerías o por algún particular generoso que, al par que su vocación frustrada, cuida su buen nombre. Y ejemplos típicos pueden ser la Tertulia Hispanoamericana, la del Ateneo, la de Puente Cultural, la de la revista «Insula» y la de don Conrado Blanco, esta última trashumante e intermitente. Las segundas van por libre y se desarrollan en un café o en casas particulares: la del León, la del Gijón, etc.; la desaparecida de Concha Lagos o la de «Cristina y sus poetas», con resonancia a marlachi o conjunto músico-vocal en su enunciado y también en su contenido. Una tertulia de éstas que asombró en su desarrollo fue la auelárrica de Alberto Álvarez de Cienfuegos, quien, sin una perra y mucho entusiasmo, logró convocar en «La Ballena Alegre» al medio Parnaso bohemio y desarra-



Cuadro en el que Gutiérrez Solana inmortalizó a varios de los componentes de la Tertulia de Pombo, presidida por Ramón Gómez de la Serna



Inofensivas políticamente, guardan el entrañable aroma del tiempo perdido.

En ellas se dan cita las personalidades más heterogéneas y divergentes

do del Madrid lírico y esotérico: allí le daban a usted una escoba de palma si su poema le gustaba al «Brujo Mayor» o un cencerazo como si el macho cabrío estornudara, alérgico ante el rollo. Ahora, con la democracia, seguro que sin proponérselo y sin replantear la causa, estas tertulias han girado en sus efectos, porque ya no importa Machado, sino Felipe (González); ni Góngora, sino Gonzalo Fernández de la Mora. En estas tertulias se pasa del soneto a las leyes de la dialéctica o los veintiséis puntos de la Falange sin perder el ritmo y sin siquiera asonantar la rima, como les pasa a los poetas ripiosos cuando escriben prosa; en estas tertulias se pasa de Bécquer al partido del domingo y después a los partidos políticos. Una tertulia anual, multitudinaria, de derechas y bien organizada, fue aquella clásica de la «Demostración» en el estadio Bernabéu, donde los asistentes, acostumbados a los goles de Pirri y Santillana, aplaudían hasta la extenuación. A los poetas menores del Reino. Y otra tertulia reducida, íntima, distinguida y sin horario, es la llamada «del diván», de don Vicente Aleixandre, injustamente marginado por la Academia sueca, que se lo hace con todo lo español, salvo con Justo Jorge.

Yo oculo con dilatada intermitencia a algunas tertulias de diferente tipo porque de una tertulia siempre se aprende, aunque sea lo malo, y no ayuda a fracasar. A lo más, a perder un poco de tiempo. Voy a la Hispanoamericana, que es la más seria, antigua e interesante de las «oficiales», por ver a Rafael Montesinos, que cada vez se parece más en la juventud a su hijo Ramón. Y voy a la del café Gijón por oír a mi maestro Azcoaga contar cosas del 27 con la memoria acuosa en los ojos. Y es que esto de las tertulias depende de como cada uno se lo tome y de lo que busque; de lo que extraiga y de lo que quiera sacar de ellas, que, materialísticamente hablando, es distinto y clave para la línea a seguir por un posible contertulio joven: escoger, no aceptar ciegamente con lo que ello lleva de condicionamiento sobrante; provocar la verdad, aunque sea relativa. Cuando Heráclito decía del devenir que es justamente una cierta tensión entre contrarios, y que esa tensión es la que origina el movimiento, estaba hablando, sin pretenderlo, de lo que debieran ser las tertulias: una manera de propiciar el dinamismo. Pero por desgracia, aquí en Madrid, muchas tertulias, como Parménides, detentan al menos cuatro pruebas para negar el movimiento, por más que Diógenes lo demostrara andando. Que nuestros Liceo, Academia, Jardín y Pórtico de veintitantos siglos después tienen más rejas que ventanas y más reúma de la cuenta.



Tertulia Hispanoamericana. En la mesa presidencial, Dámaso Alonso, Luis Rosales, Gerardo Diego y Gregorio Marañón Moya



CRONOLOGIA Y PARTICIPANTES DE ALGUNAS TERTULIAS DE POSGUERRA

LION D'OR.—Tiene un período de incubación en los cafés Acuarium y Kutz, al que van José María de Cossío, Emilio Gómez y Antonio Díaz Cañabate. En el último café citado se incorpora Eugenio d'Ors, para pasar luego al que daría nombre a la tertulia. Asisten, entre otros y con los mencionados, el doctor Oliver Pascual, Camón Aznar, el torero Domingo Ortega, Sebastián Miranda, Edgar Neville, Regino Sainz de la Maza, Eduardo Vicente... La tertulia duró diez años, entre los primeros de las décadas del 40 y 50.

JUVENTUD-CREADORA.—Promotora de la revista «Garcilaso-1943-45». Se puede decir que surgió a raíz de terminar la guerra y se dilató hasta el 46 ó 47. Los miembros fundadores fueron José García Nieto, Jesús Revuelta, Pedro de Lorenzo y Jesús Juan Garcés. Formaron parte de la tertulia, entre otros, Pérez Vallente, Montesinos, García Luengo, Ruiz Iriarte, Federico Muelas, Camilo José Cela, Eugenio Serrano, José Luis Prado, Julián Ayesta, Fernando Díaz-Plaja, Alonso Gamio, Santos Torroella...

CAFE GIJON.—Se puede entender como prolongación de la de la Juventud-Creadora, aunque es aglutinante de otros grupos, dispersos entonces en el café referido, de distintas tendencias literarias y políticas. Está vigente. Asistieron Leopoldo de Luis, Manuel Pillares, Enrique Llovet, Rafael Montesinos y los aún cotidianos Gerardo Diego, Carlos de la Vega, Enrique Azco-

ga, Ramón de Garciasol, Eladio Cabañero, José Luis Prado, Rafael Morales y Manuel Álvarez Ortega, entre otros.

RUIZ DE ALARCON, 21.—Así denominaba Pérez Ferrero a la que sostuvo Pérez Baroja en su casa, desde 1943 a 1946, y a la que asistieron el doctor Val y Vera, el ingeniero Valderrama, Julio Caro Baroja, Eduardo Vicente, Camilo José Cela...

LHARDY.—El conocido local también tuvo su tertulia de posguerra, en la que estuvieron presentes los doctores Lafora y Sacristán, Antonio Díaz Cañabate, Julio Camba, Luis Calvo, el escultor Juan Cristóbal y el torero Domingo Ortega.

GABRIEL LOBO, 11.—Se celebró alrededor de Pérez de Ayala, que vivía en la calle y número aludidos. Asistieron César González Ruano, Sebastián Miranda, Miguel Pérez Ferrero, Gregorio Marañón, el padre Félix García y el torero Juan Belmonte, entre otros. La tertulia duró desde la vuelta del contertulio central a España en 1946 hasta su muerte, acaecida en 1962.

ALFORJAS PARA LA POESIA.—Es fundador y sostenedor el empresario teatral Conrado Blanco. La tertulia es itinerante y no periódica. Durante una época se celebraba todos los domingos, poco después de las doce, «tras la santa misa». Está vigente y sus más característicos componentes son Pemán, Gerardo Diego, García Nieto, Manuel

Alcántara, Ginés de Alvareda, López Anglada y Rafael Duyos.

PUNTA EUROPA.—Funcionó, con Vicente Marrero como eje, por los años centrales de la década del 60. Asistían los colaboradores de la revista del mismo nombre: Funes Robert, Francisco Umbral, Fernando Ponce...

LOS SABADOS DE LA ESTAFETA.—Se llevó a cabo por las mismas fechas que la anterior, época directora de Luis Ponce de León, Juan Emilio Aragonés, Manuel Ríos Ruiz, Francisco Umbral y otros asistieron a la tertulia.

CAFE VARELA.—Primeros años del 60. Meliano Perelle, Manuel Alcántara, José Luis Fernández Trujillo, Mariano Gil Mateo...

QUELARRE POETICO.—Con Alberto Álvarez de Cienfuegos se reunieron en el café Lion numerosos poetas jóvenes y otros conocidos. Últimos años del 60 y primeros del 70.

INSULA.—Tertulia de la revista del mismo nombre que se agrupa alrededor de José Luis Cano. Por ella han pasado los intelectuales españoles de mayor talla. Se celebra los miércoles a partir de las ocho de la tarde.

TERTULIA HISPANOAMERICANA.—Fundada a primeros del 50 por Fernández Spencer, Caballero Bonald y Rafael Montesinos, su director de casi siempre. Está vigente y ya ha celebrado 818 sesiones.